

“Yanal Luum, el templo del deseo” Publicado en *Informe Fracto*. Edición digital. 11 de febrero de 2020.

Carlos Evia Cervantes

Una de las constantes que están presentes en casi todas las ciudades del mundo es la diversión nocturna. Mérida, la de Yucatán no es la excepción. A mediados de los años setenta, nuestra ciudad tenía varias opciones para quienes gustaban divertirse de noche. Cada sitio tenía su particularidad y entre todos hubo uno especialmente distinto pues era un espacio subterráneo.

Se llamaba Yanal Luum y era un antro muy frecuentado por los noctámbulos. Se hallaba en la calle 63 entre 62 y 64, a unos cuantos pasos de la plaza principal. Su origen no es muy claro, pero gracias a una investigación del Dr. Jorge Victoria Ojeda se supo que la noticia más antigua de este lugar, fue reportada el arqueólogo Manuel Cirerol Sansores al escribir un artículo sobre el subterráneo en el año de 1943, que en ese entonces era propiedad del coronel Pablo Antonio González.

Posteriormente el predio fue adquirido por la familia Espinosa la cual instaló un restaurante en el subterráneo después de hacer algunas ampliaciones en el mismo. Quizá desde esas fechas se decoró el interior con decenas de personajes y deidades mayas. Especialmente frecuentes son las imágenes de serpientes que están desde la entrada hasta la parte final. La consistencia de las paredes permitió también la excavación de numerosos nichos donde se colocaron estatuas de tamaño natural o ligeramente más pequeñas.

El restaurante funcionó muy bien durante muchos años, pero por causas desconocidas se dio rentado el local a un empresario quien poco a poco le dio un nuevo giro convirtiéndolo en la década de los setentas en un centro nocturno. Fue en estos tiempos cuando se presentaba cada noche dos espectáculos, uno de ellos muy interesante. Los clientes llegaban como a las 10 de la noche y ocupaban las mesas que estaban sobre el pasillo principal o en dos pequeños salones laterales, buscando los mejores sitios para ver las dos funciones que se realizaban al final del citado pasillo, punto que fungía como escenario. Cada viernes y sábado el centro nocturno se llenaba de visitantes pues era los días programados para los espectáculos.

El primer show se ofrecía a las once de la noche y consistía en ver la danza de una sensual bailarina quien realizaba su arte al estilo de la legendaria Tongolele, por supuesto, con música afroantillana. Su escasa vestimenta y los movimientos eróticos eran seguidos por las luces de colores que salían de los reflectores. A estas alturas los clientes ya se habrían empujado media botella de su licor

preferido y su entusiasmo empezaba a encenderse. Si bien este primer espectáculo era aplaudido, no tenía la emoción de lo que estaba por venir. Terminada la primera actuación, el público, casi puro hombre, seguían con su charla acompañada con un ron o un brandy. Los que llegaban después de este tiempo, ocupaban los peores lugares para ver a la artista.

A las dos de la madrugada, la bailarina volvía a salir y realizaba la misma rutina, pero ya casi al final de esta segunda actuación la mujer empezaban a quitarse sus prendas, que no eran muchas y la música se aceleraba al igual que el corazón de los espectadores. Algunos de éstos ya estarían en la segunda botella y con la euforia en el máximo grado. Todos dejaban su copa para concentrarse en la mujer quien, con una sonrisa coqueta, llegaba al punto de quitarse la última prenda que estaba al final del horizonte público. Pero en el preciso momento que hacía esto, las luces se apagaban. Todos los asistentes lanzaban una exclamación o de plano un grito de frustración, seguido de carcajadas y comentarios. Nunca falló la coordinación entre la retirada de la citada prenda y el apagón de las luces.

Pese a que los clientes ya conocían el final, en las noches de los fines de semana el Yanal Luum se volvía a llenar. Los más asiduos clientes ya eran amigos de los meseros y del dueño, dicho sea de paso, era una persona muy agradable. Aprovechándose de la presunta amistad, algunos trataban de apartar su mesa junto al escenario. Pero no se permitía eso, había que llegar temprano y consumir. Cabe preguntarse si los clientes ya sabían que nunca iban a ver a la mujer completamente desnuda ¿por qué volvían a cada cita y se emocionaban con el final? Quizá la respuesta sea la siguiente: se puede gastar el dinero, el licor o terminar la noche, pero el deseo insatisfecho permanecía intacto, porque la esperanza, que es intangible, no se desgasta como las cosas materiales.

Pasados unos años, la autoridad municipal consideró que aquel espectáculo transgredía la moral, aunque no sabemos exactamente de quien, y decidió cerrar el lugar. Los clientes que llenaban cada noche el Yanal Luum lamentaron mucho esta disposición municipal porque su lugar de reunión era muy excitante a la vez tranquilo. Quizá se dispersaron en otros centros nocturnos, pero ninguno bajo la tierra, excepto “La Cascada” que se ubicaba en el interior de un cenote en una esquina de la avenida Itzáes, en el cruce con el Circuito Colonias, que tuvo un final similar. Éste era un lugar donde iban los hombres para bailar y las mujeres “a vender sus cuerpos” dice Rafael Gómez Chí en un excelente artículo publicado en línea.

La supuesta mala reputación del Yanal Luum, razón por la cual fue clausurado, estaba fundada en un espectáculo que no ofendía a nadie y si entretenía a

muchos. El espacio subterráneo que albergó tanta alegría y deseo sigue existiendo. En 1999, con el permiso del propietario del inmueble, entramos al sitio acompañados del personal del Ayuntamiento de Mérida, de la Comisión Nacional del Agua, Sergio Grosjean Abimerhi y los miembros del Grupo Espeleológico Ajau para hacer una inspección general y un plano topográfico. Entonces volví a ver el largo túnel, la ornamentación al estilo maya prehispánico y algunos otros detalles. Mi mente reprodujo los recuerdos de aquellas prolongadas noches en las que, sentado entre el excitado público, esperaba la actuación de la bailarina. También recordé la música de los tambores que estimulaban el deseo de verla una vez más. Ahora sólo queda el recuerdo y esta crónica de aquellos tiempos cuando nos metíamos bajo la tierra a divertirnos.

Fuentes consultadas

Gómez Chí, Rafael. *Aquella vida nocturna en la ciudad de la moral*. hazruido.mx/opiniones/aquella-vida-nocturna-en-la-ciudad-de-la-moral. 4 de enero de 2019.

Victoria Ojeda, Jorge. 1995 *Mérida de Yucatán de las Indias. Piratería y estrategia defensiva*. Mérida. H. Ayuntamiento de Mérida.